

# TRES VECES ¡BRAVO!

El programa; a la Orquesta, y a su director, Karl Münchinger, tres veces ¡bravo! Y señal evidente de que los pasos de la sociedad de conciertos son firmes y seguros. Ayer tarde, con un Teatro Principal a rebosar (cerca de cien personas no miembros de la Sociedad tuvieron que desistir de entrar en la sala). La Orquesta de Cámara de Stuttgart —calificada por los expertos como el mejor conjunto camerístico del mundo— nos ofreció hora y media

de música. Simplemente eso, música.

Podrá achacarse al programa excesiva sencillez, sobre todo teniendo en cuenta las características de la orquesta, pero hay que pensar que actuaban ante un público joven --que ayer dio pruebas de madurez haciéndonos olvidar los malos momentos del concierto de Cziffra--. Ese carácter sencillo del programa hizo que la orquesta, entregada en un auténtico "divertimiento", en un ejercicio, se «volcara» totalmente en las composiciones, especialmente al darse cuenta de la favorable acogida del público. Fue un programa de innovadores. Porque Pachelbel fue precursor de Bach ¡qué bello «canon»!) con un final de éxtasis. Y Pergolesi, innovador con su arte ligero y espontáneo que, especialmente en el campo operístico, rompe con toda una tradición y origina controversias. En su «Concierto Núm. 2, en sol mayor», hay un presentimiento de Mozart, sobre todo en el «Allegro». Y Vivaldi, innovador de los «Concerti» con esos contrastes intensivos y dinámicos, el diálogo entre las formaciones, la inagotable fantasía rítmica y el dominio del contrapunto. Gluck,

renovador de la ópera con un colorido instrumental que anima el motivo central de la composición sin alterar su contorno. Y, finalmente, Haydn, con una labor similar a la de Gluck, pero en la música instrumental, calificado «Padre de la Sinfonía». Un programa sencillo, sí, pero... ¡tan sugestivo y rico en contenido!

Ni a la orquesta ni a Karl Münchinger vamos a descubrirlos hoy, y aquí. Baste decir que son ellos, los mismos que desde hace más de veinticinco años vienen cosechando los mejores y más cálidos aplausos de los ciudadanos del mundo. Karl Münchinger, el siempre joven maestro, continúa fiel a su estilo, un estilo tan propio que en su día renovó también la concepción de las masas camerísticas. Me recordaba a Jochum y Ansermet --no he visto dirigir a Futwangler-- en esos gestos humanistas de colocarse sobre los instrumentos para arrancar de ellos --¡qué expresiva mano izquierda!-- la nota justa y el acento preciso. No es el frío rigor académico. Es el rigor... y mucho más.

La interpretación fue firme arquitectura y acendrado lirismo. Los solos de los jefes de cuerda en el «Largo affettuoso», de Pergolesi, toda la interpretación de Vivaldi --con un segundo «concertino» entregado en el diálogo con el primer violín y los «Cellos»--, el final sinfónico de la deliciosa «Chacona», y ese final efectista de la «Sinfonía de los adioses» --interpretada a la luz de las velas, que eran apagadas en el «Adagio» final por cada uno de los 23 intérpretes al finalizar progresivamente su parte-- son unos solos de los momentos a destacar. Hubo pureza de línea, intensidad en la expresión, disposición de los planos sonoros --donde tiene un gran mérito la instalación en el teatro de una caja de música adecuada-- precisión y claridad en la exposición, acierto en el ajuste de los instrumentos y abandono en algunos momentos del virtuosismo y la escuela por la espontaneidad y la sencillez. Todo un conjunto de aciertos que hizo que aquella música llegara a todos, como quedó probado en los «bravos» y aplausos, en la interpretación de dos «bises» (una parte de uno de los «Cuartetos» de Haydn, y otra de «El arte de la fuga», de Bach) fuera de programa y en esas tres salidas del director con la orquesta, y una última, solo, para recoger los aplausos de un encendido público. Entre sus actuaciones en Barcelona y Madrid (lunes y miércoles), la Orquesta de Cámara de Stuttgart-Karl Münchinger escribieron ayer tarde, en Alicante una de las mejores páginas de las muchas que confiamos nos ofrezca nuestra Sociedad de Conciertos. Por todo ello, y de nuevo, tres veces ¡bravo!

J. M. PEREA